

Editorial

El desafío de la alternancia en el poder

Las elecciones presidenciales de 2004 cerrarán una década de la historia política de El Salvador. En 1994 tuvieron lugar las primeras elecciones libres y competitivas, tal como suelen llamarse las elecciones democráticas, las cuales fueron interpretadas como “las elecciones del siglo”. Desde entonces, cinco procesos para elegir presidente y vicepresidente, y diputados y concejos municipales han tenido lugar. Aun con las anormalidades e irregularidades que han enturbiado estos eventos, ningún contendiente ha reclamado fraude, es decir, el cambio de la voluntad de los electores, expresada en los votos. No obstante, la organización y realización de procesos electorales limpios formaban parte de los cambios introducidos por los Acuerdos de Paz de 1992. Pero tal como ha ocurrido con la mayoría de las novedades institucionales, introducidas por dichos acuerdos, el procedimiento electoral también está ahora en peligro de reversión.

La cultura política autoritaria de algunos de los principales actores políticos salvadoreños los está impulsando en una dirección perversa: utilizar las elecciones para acabar con la apertura política. Así, a los males ya conocidos, se agrega este otro del autoritarismo, el cual aflora con fuerza ante la posibilidad de que haya alternancia en la Presidencia de la República. Pareciera que la democratización tiene límites, que no será fácil superar; la cuestión es que si no son superados, su contraria, el autoritarismo gana terreno y el proceso se revierte.

1. La movilización de la derecha

La posibilidad inminente de que el FMLN pueda llegar a la Presidencia de la República ha movilizado a la derecha para impedirlo. Hasta ahora, esta posibilidad nunca había sido percibida como real. El fundamento de esta

percepción es el presunto crecimiento del caudal de votos del FMLN (ver *ECA* 653-654) y la incapacidad de ARENA para contar con una cantidad suficiente que le asegure un triunfo cómodo, en las próximas elecciones; el creciente malestar con el mal gobierno actual, sobre todo la ausencia de una verdadera política social y el cierre cada vez mayor del espacio político; las divisiones internas del partido de gobierno y falta de una dirección clara; la incertidumbre de un partido que se consideraba en posesión segura del poder ejecutivo, pero que ahora ve en peligro de perder cuando lo había considerado propiedad exclusiva suya; la pérdida del control de la Asamblea Legislativa, después de las elecciones pasadas; el descontento generalizado en sus bases, las cuales se sienten abandonadas y maltrechas por la ausencia de una política social eficaz; un poder ejecutivo criticado por los dos ex presidentes anteriores y por el vicepresidente actual, por su incapacidad para concertar con la oposición, por su poco contacto con la población y por la ausencia, de nuevo, de un programa social consistente. En el otro extremo del espectro político partidario, el FMLN se siente muy seguro, tanto que la noche misma de las elecciones pasadas lanzó su campaña electoral para la Presidencia de la República e incluso proclamó a su candidato de forma informal.

ARENA se ha movilizadado en dos frentes, el interno y el externo. Hacia adentro, su dirigencia ha salido al encuentro de sus bases para escuchar, por primera vez en cinco años, sus demandas y quejas y para confirmarlas en los propósitos del partido, y ha modificado el procedimiento para escoger a su candidato a la Presidencia de la República, en lo que es un esfuerzo, aún a medias, de democratización interna. El próximo candidato, en lugar de ser designado por la alta dirigencia del partido, será escogido por sus instancias intermedias de una terna propuesta por aquélla, seleccionada a partir de la presentación libre de candidaturas. El procedimiento es nuevo y no deja de desconcertar a unas estructuras acostumbradas a seguir órdenes superiores con una disciplina partidaria similar a la de los partidos comunistas, a los cuales ARENA tanto aborrece. La apertura de este espacio ha permitido que algunos de los aspirantes expresasen en público, unos más que otros, por supuesto, críticas al gobierno saliente. Ninguno de ellos podía ofrecer continuidad, porque eso es, precisamente, lo que la gente rechaza; pero tampoco podían ofrecer algo muy diferente. Por eso, todos tendieron a moverse en la ambigüedad. Llama la atención que todos ellos hayan ofrecido hacer aquello por lo cual no se han caracterizado hasta ahora. Estas ofertas, al venir de un partido con un Presidente de la República muy poco creíble, no son una fortaleza.

El partido de gobierno vuelve a jugar la carta de las caras nuevas y los discursos frescos, pero su capacidad para convencer dependerá de si consigue recuperar parte de la credibilidad perdida entre la ciudadanía y de si sus promesas se orientan ahí donde ésta más resiente el impacto de su política económica. Por eso, la ambigüedad de sus precandidatos no es la actitud más adecuada para conseguir esa credibilidad. La población espera propuestas

audaces y candidatos dispuestos a llevarlas a cabo. Atados como están a un partido sin una ideología clara y limitados por el respeto reverencial que profesan a la autoridad superior, los precandidatos no se han atrevido a prometer algo muy diferente a lo existente. Sus discursos son tan parecidos a los del gobierno actual que resulta difícil adivinar qué de nuevo pueden ofrecer.

Todos ellos han hablado de cercanía a la población y de diálogo con diversos sectores, de los pobres y de la política social, de apertura a las críticas y a los aportes de la ciudadanía. Pero ninguno ha presentado un plan concreto. Más paradójico aún, en su carrera pública o empresarial, ninguno de ellos se ha caracterizado por aproximarse a los pobres, por identificarse con ellos o defender su causa, ni siquiera por promover el debate abierto de las ideas. Pero aseguraron que promoverían y aceptarían una crítica que antes habían rechazado, prometieron no privatizar la salud, cuando hace poco habían exigido su privatización inmediata y se mostraron preocupados por la ausencia de una política social, cuando hasta hace muy poco solo se habían ocupado de crear condiciones para aumentar el enriquecimiento de la gran empresa y reprimir la protesta social, causada por la falta de esa política, o no echaron en falta su inexistencia. Ninguno de ellos se distinguió por lo que dijo que iba a hacer cuando llegase a la presidencia del poder ejecutivo. Los dos ex presidentes de ARENA, quienes ahora critican a la gestión actual del poder ejecutivo son los principales responsables de que el país no cuente con una política social que suavice el impacto del ajuste neoliberal. Los dos ex gobernantes impulsaron medidas de ajuste estructural sin preocuparse de su efecto devastador, en el presupuesto de la familia salvadoreña, ni en el empleo. Sin embargo, los dos, en su momento, hablaron de gobernar para los pobres y de defenderlos. Con la misma inconsciencia, el gobierno actual y un reducido grupo de grandes empresarios están impulsando ahora el tratado de libre comercio con Estados Unidos sin calcular bien sus consecuencias, en la población. En fin, es más de lo mismo con algunos ligeros matices.

Si ARENA sólo puede ofrecer más de lo mismo, no le queda otra alternativa que el anticomunismo como gran tema de campaña. Cada día es más claro que éste será el contenido predominante. Pero el anticomunismo no se ajusta a las promesas que se escuchan: en lugar de cercanía, crea distancia y temor, no crea empleo, ni redistribuye la riqueza mejor, y en lugar de impulsar programas sociales, reprime a los descontentos. El país necesita algo más serio que el anticomunismo. Sin embargo, es un tema que tiene algunas ventajas para ARENA, ya que le ahorra el esfuerzo para elaborar un buen plan de gobierno, le evita comprometerse con medidas concretas y atemoriza a un sector grande de la población, para el cual el anticomunismo tiene profundas resonancias históricas. Si el anticomunismo es lo mejor que ARENA puede ofrecer al país, la campaña será una campaña del pasado, promovida, precisamente, por aquellos que se han empeñado en olvidarlo para encargarse del futuro.

El anticomunismo es señal inequívoca de la debilidad ideológica del partido más grande de la derecha, incapaz de encontrar una plataforma, que convenza a la población. ARENA tiene la ventaja de que ésta, en una elección presidencial, tiende a votar de una forma más conservadora que en las elecciones locales y legislativas. En aquélla se guía sobre todo por el criterio de la estabilidad y del empleo y tiende a pensar que la derecha es la que mejor se le puede garantizar ambas cosas. Pero aun así, es una apuesta muy fuerte, que ARENA podría perder, si el desencanto y la frustración, combinados con un bombardeo anticomunista, llevaran a la gente a votar en contra suya, en una especie de voto de rechazo, de hastío y, en definitiva, de castigo.

Una campaña electoral concentrada en el anticomunismo impedirá discutir los problemas nacionales y su posible solución. Al exacerbar aún más la polarización, que los dos partidos se han encargado de llevar a prácticamente todos los ámbitos de la vida nacional, se cierran los espacios para la discusión amplia y abierta de la realidad nacional. La polarización también conlleva el riesgo de hacer la próxima campaña electoral más violenta de lo que ha sido la recién pasada, en la cual no sólo hubo agresiones verbales, sino lesionados y muertos. De hecho, fue la campaña más violenta, desde el final de la guerra.

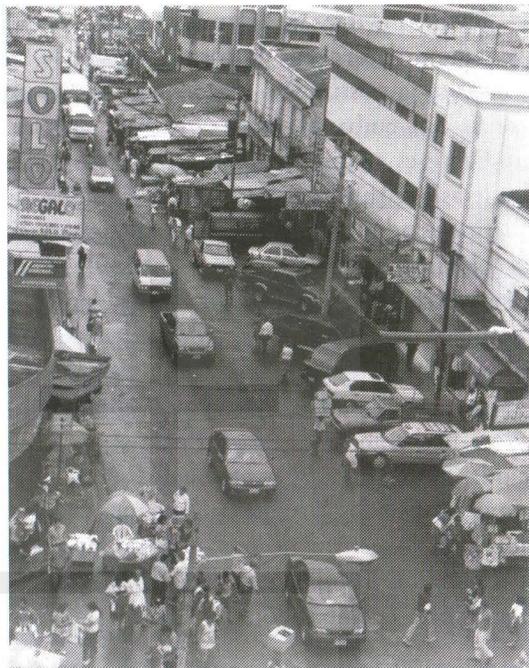
Las empresas mediáticas, en campaña desde el año pasado, han cerrado sus espacios al pensamiento independiente y a la discusión abierta. En un editorial reciente (*ECA*, 653-654), *ECA* advertía que, ante la derrota electoral sufrida y ante el temor a repetir el fracaso, en las próximas elecciones, estas empresas podrían escoger entre esmerarse para ser más independientes del poder y más objetivas en la información, o persistir en ser parte activa de la maquinaria propagandística de ARENA y su gobierno. El espacio dedicado al anticomunismo confirma que, de nuevo, han vuelto a optar por esto último. Al privilegiar la propaganda anticomunista no sólo no permiten la discusión, sino que engañan y atemorizan a la población, puesto que no dicen verdad y reviven los miedos inveterados al comunismo. Así, uno de los elementos más destacados por esta prensa es Cuba. Se oponen al restablecimiento de relaciones diplomáticas, tal como lo propone el FMLN, como si el régimen político de ese país representara una amenaza para El Salvador. En su obcecación, se olvida de la existencia de varios vuelos semanales, pues Cuba es uno de los destinos de moda para quienes pueden pagarse vacaciones, en el exterior, y también para quienes, al no encontrar salud en Estados Unidos, la buscan en la isla, a menor precio. Las selecciones deportivas de El Salvador son entrenadas por cubanos y no pocos jóvenes salvadoreños estudian en centros educativos de Cuba. Otro elemento subrayado por esta campaña propagandística es la libertad de información y prensa, presuntamente amenazada por el FMLN, con lo cual pasa por alto la propia censura, los diversos intentos de altos funcionarios estatales para no informar sobre asuntos públicos relevantes y la existencia de periodistas convertidos en informadores —o informadores disfrazados de periodistas— al servicio de los organis-

mos de inteligencia estatal y de Casa Presidencial. Así, pues, las libertades mencionadas son más amenazadas por los anticomunistas de ARENA que por los izquierdistas del FMLN. Al carecer de una oferta electoral consistente y al no tener mejor defensa que la mentira sistemática e institucional, a ARENA no le queda otra alternativa que intentar conseguir votos, atemorizando al cuerpo electoral.

El papel de Estados Unidos en esta campaña es destacado, pues contrasta con la discreción que mantuvo, después de la firma de los

acuerdos de 1992. Aunque esto no significa que se haya mantenido al margen de la política local. Esta vez, Estados Unidos ha hecho saber su preferencia electoral, por medio de su embajadora en San Salvador, quien advirtió que su gobierno no mantendría el mismo tipo de relaciones estrechas y de colaboración con un poder ejecutivo presidido por el FMLN. Esta advertencia equivale casi a un veto, puesto que mantener esas relaciones significa estabilidad para los inmigrantes salvadoreños, ayuda económica y préstamos internacionales, credibilidad en la comunidad internacional, relaciones comerciales, etc. Estados Unidos prefiere a ARENA, en el poder ejecutivo. De esta manera, el gobierno estadounidense entró de lleno en la campaña electoral salvadoreña, tanto así que el presidente Flores y ARENA han retomado de inmediato esta advertencia para atemorizar aún más a la sociedad y sobre todo a la gran empresa privada. En estas circunstancias, es claro que la embajada estadounidense hará lo que esté a su alcance para impedir un triunfo del FMLN. Pero si la población salvadoreña hace caso omiso de su preferencia y coloca en el poder ejecutivo al FMLN, éste deberá seguir al pie de la letra las directrices del Departamento de Estado o correr el riesgo de que éste se sume a las movilizaciones casi inevitables de la derecha, con lo cual, gobernar será una tarea casi imposible.

De muy poco sirve hablar aquí de soberanía o de respeto mutuo, porque los viejos tiempos del imperialismo estadounidense han regresado —ver editorial de *ECA*, 655. Después de la guerra civil, la política exterior estadounidense hacia la región centroamericana se volvió recatada; pero esos tiempos



de buenas maneras y disimulo ya han pasado. Ahora, Washington no se avergüenza de declarar en forma pública su preferencia electoral. En Guatemala vetó la postulación del actual presidente del Congreso, por inconstitucional. Sin embargo, el criterio para aceptar o rechazar un partido o un candidato es su disposición a aceptar sin rechistar el papel que Estados Unidos le asigne. En El Salvador, esto significa apoyo incondicional a la política exterior estadounidense, en los foros internacionales, mantener la base militar y la libre circulación de personal militar armado, en el territorio nacional, permitir prácticas militares estadounidenses, garantizar que El Salvador no denunciará a ciudadanos estadounidenses ante la Corte Penal Internacional, ni contribuirá a ello, e incluso enviar tropa a Irak o a donde se lo pidan. Esto es, precisamente, lo que ha hecho el gobierno actual. Por eso, la embajadora no ha ahorrado elogios para el presidente Flores y su gestión, a quien saluda como "gran líder regional", quizás porque ya cuenta con el voto y el apoyo de Estados Unidos para ocupar la Secretaría General de la Organización de Estados Americanos, el próximo año, al abandonar la Presidencia de la República. Tampoco el presidente Flores ha ahorrado agradecimientos y elogios para la embajadora.

El anticomunismo es señal inequívoca de la debilidad ideológica del partido más grande de la derecha, incapaz de encontrar una plataforma, que convenza a la población. [...] Una campaña electoral concentrada en el anticomunismo impedirá discutir los problemas nacionales y su posible solución.

Estados Unidos habla de democracia y, por lo tanto, de elecciones libres y limpias y, por implicación directa, de alternancia en el poder, así como también de otras libertades, pero siempre enmarcado dentro de sus conveniencias e intereses. Es decir, las libertades democráticas admiten excepciones. Según la doctrina actual de Washington, cualquier exceso que violente esas libertades está justificado ante la defensa de los intereses estadounidenses, lo mismo en el Medio Oriente que aquí, en El Salvador. Sus dos intereses más importantes en el país son la inversión y la base militar. Desde esta perspectiva, no cabe duda que a Estados Unidos le conviene más un gobierno de ARENA que uno del FMLN, porque aquél es más complaciente de lo que sería éste. El nacionalismo del que tanto alarde hace ARENA no ha sido óbice para ser obsecuente con el imperialismo estadounidense.

2. El desafío del FMLN

La campaña presidencial del FMLN no comenzó bien. La euforia de los primeros resultados de las elecciones del 16 de marzo pasado, que no repre-

sentan un triunfo rotundo (ver la edición monográfica dedicada a las elecciones, *ECA*, 653-654), pero cuyo resultado favorable ha sido confirmado poco después por las preferencias electorales de la población; cierta mentalidad de partido asediado, que lo lleva a colocarse a la defensiva y a cerrarse aún más sobre sí mismo; la convicción de ser la única alternativa y su consecuencia, el voluntarismo político, y la hegemonía que sobre él ejercen sus líderes históricos, llevaron al FMLN a lanzar la candidatura de su máximo dirigente, la misma noche de las elecciones de marzo. El temor a que esta candidatura fuera desafiada desde dentro, hizo que la comisión política del partido la asumiera como propia, aunque sin consenso. El temor a que esa candidatura fuera desafiada desde el exterior, hizo que la misma comisión política cerrara las puertas a posibles candidatos no militantes. Aun así, no consiguió lo que se proponía, pues la contestación desde dentro, desde los mandos medios y los cuadros más jóvenes, no tardó en producirse. En los círculos cercanos a su dirigencia existe preocupación por esta actitud defensiva y cerrada de un partido que, si aspira a dejar de ser segundo, debiera ser abierto.

Esta decisión desafortunada de la comisión política, que no puede ser interpretada sino como una imposición, plantea tres interrogantes. Para ganar las elecciones del año próximo, el FMLN necesita unos 200 mil votos adicionales, es decir, votos que no provendrán de sus bases, sino de sectores que no votan o que votan por otro partido. Por mucho que sea el descontento con ARENA, esos son muchos votos para el FMLN. En este punto, su dirigencia peca de voluntarismo. Esos votos sólo pueden ser conseguidos por medio de alianzas con otros partidos y sectores sociales, lo cual se dificulta sobremanera cuando el candidato ha sido seleccionado de antemano y cuando ese candidato no es el más idóneo para negociar con unos sectores alejados del partido o recelosos de sus intenciones. La segunda cuestión es que la imposición pone a prueba la unidad del FMLN, un valor fundamental en una campaña tan reñida como la que se avecina. Los descontentos no van a abandonar el partido, pero tampoco van a colaborar en una actividad con la cual no se identifican. En este contexto, la disciplina partidaria es irrelevante. En unas circunstancias similares, esa fue la actitud que el candidato de la comisión política y sus seguidores adoptaron, en la última elección presidencial.

De todas maneras, si el FMLN llegara a ganar la presidencia del poder ejecutivo, surgen dudas razonables sobre su posibilidad real para gobernar el país. El FMLN no controla la Asamblea Legislativa. Al menos durante los dos primeros años de su gobierno, necesitará los votos de otro de los dos partidos con mayor cantidad de diputados. Por lo tanto, se encontrará en la misma posición en la que hoy se encuentra ARENA. No se trata de si el FMLN logra reunir un buen equipo de gobierno, ni si tiene mucho respaldo popular, algo discutible, sino de cómo podría gobernar, desde una perspectiva institucional. La única salida que tendría a su alcance sería fortalecer y profundizar la alianza actual con el Partido de Conciliación Nacional; pero para ello, el

FMLN tendrá que hacer concesiones importantes, en la distribución del poder del ejecutivo. Porque, sin duda, ARENA hará una oferta similar a este partido, cuando caiga en la cuenta que no gana la elección por sí solo. Además, el FMLN necesitará un pacto con al menos un sector del gran capital, el cual ya tomó posición en contra suya. Los primeros avances de la cruzada anticomunista están a la vista. Sin este pacto o acuerdo mínimo, el gran capital intentará, por medios institucionales y no institucionales, desestabilizar su gobierno, tal como sucede en Venezuela. Si este fuera el caso, el FMLN tendrá que emplear sus mejores energías para contrarrestar los ataques de la derecha y no ser derrocado. En esas circunstancias, entonces, cómo podría desarrollar su plan de gobierno. A esto hay que agregar el estado crítico en que el tercer gobierno de ARENA deja al país. Si el FMLN asume la presidencia del poder ejecutivo, en estas condiciones, lo más probable es que haga un mal gobierno y con ello cerrará muchas posibilidades para la izquierda durante mucho tiempo.

Aun así, el FMLN tiene una ligera ventaja momentánea sobre ARENA. Sólo el desarrollo del acontecer político de los próximos meses dirá si esa ventaja crece y se consolida. El mal gobierno de ARENA y el profundo malestar e incluso la indignación que ello causa en la población, lo colocan por encima de aquél, en las preferencias electorales, con independencia del candidato. En este contexto, puede ser crucial el cambio que se propone llevar a cabo, si llega al poder ejecutivo. En una declaración ("Carta a la nación", reproducida en la sección de Documentación de esta edición) bien pensada y bien elaborada, el FMLN despeja con inteligencia las objeciones más traídas y llevadas de la derecha, del gran capital, de la embajada de Estados Unidos y de las grandes empresas mediáticas, y expone con claridad sus ideas sobre lo que sería un gobierno para el cambio social. La propuesta del FMLN se fundamenta en los acuerdos de paz, un texto que la derecha desconoce, pero que no puede objetar, y en la Constitución, con lo cual lleva la discusión a uno de los campos predilectos de aquélla, pues le gusta mucho recurrir a este texto para escabullir el cambio social. Por otro lado, el FMLN se muestra cauteloso en los temas complicados, en los cuales sólo habla de "superar" los problemas económicos y sociales más graves, sin comprometerse, pero claro y decidido en su propósito de dar cumplimiento a la legalidad vigente.

Las propuestas del FMLN giran alrededor de dos temas fundamentales, el económico, reemplazar el proyecto actual de ARENA por otro "más humano y solidario", y el social, establecer reglas justas para hacer posible la convivencia social y política, desde los intereses de las mayorías. Un tercer tema importante, el cultural, solo está enunciado. Estos cambios pretenden inaugurar una nueva fase de democratización, según los lineamientos establecidos en los acuerdos de paz y en la Constitución. Desde esta perspectiva, en apariencia, el FMLN no ofrecería nada nuevo, excepto llevar a cabo lo que los gobiernos de ARENA han prometido, pero no han cumplido.

La derecha económica, política y social teme que el FMLN modifique la estructura económica; pero éste es un temor infundado, porque aquél solo se propone dar cumplimiento al principio constitucional que declara que el centro de la vida nacional es la persona, la sociedad y el bien común. En consecuencia, a la empresa privada le asegura el derecho de propiedad, de operar y de disponer de sus utilidades, el cumplimiento de los contratos y sana competencia para evitar el monopolio y el oligopolio, los cuales son inconstitucionales. En temas como el poco crecimiento de la economía, el alto índice de desempleo, las enormes desigualdades, el deterioro de los recursos naturales y la reactivación de la agricultura, el FMLN es prudente y sólo habla de “superar”. A los propietarios de las empresas privatizadas les promete no tocar sus inversiones, ni mucho menos volver a nacionalizar sus empresas. Por lo tanto, mantendrá en firme las privatizaciones ejecutadas. Pero, no continuará con ellas y revisará las leyes que rigen las operaciones de las actuales con el propósito de garantizar al consumidor y al usuario servicios básicos de calidad a precios justos.

En principio, por lo tanto, no habría nada que objetar. En la práctica, un sector privilegiado de la gran empresa se siente amenazado, porque los gobiernos de ARENA lo han favorecido con concesiones e incluso le han tolerado libertades contrarias a la ley, en perjuicio de otros empresarios, sobre todo de los medianos y pequeños, del consumidor y del contribuyente. De ahí que el FMLN hable de reconocer iguales derechos a todos los empresarios, lo cual, de ser realidad, terminaría con la concentración de las actividades más rentables en pocas manos. A esto no se le puede llamar socialismo, ni mucho menos comunismo, sino simple cumplimiento de la ley. Pero, precisamente, eso es lo que objeta un capitalismo acostumbrado a operar sin mercado y sin competencia real. Tampoco habría nada que objetar al restablecimiento de la circulación de las dos monedas, el colón y el dólar, porque podría dotar al banco central con un instrumento valioso de po-



lítica monetaria y porque así lo estipula la ley, que el mismo gobierno de ARENA aprobó; pero que, en complicidad con los bancos, ha violado, al retirar de la circulación la moneda nacional. El FMLN sale al paso de las críticas sobre el uso que podría hacer de estos instrumentos y se compromete a utilizarlos de "manera responsable y oportuna". La revisión de las leyes que rigen a las empresas privatizadas tampoco es novedad, pues el mismo gobierno de ARENA ha reconocido su necesidad, a la luz del comportamiento de dichas empresas y de la premura con la que fueron aprobadas.

El FMLN, sin embargo, debe superar tres obstáculos de cara al cambio que se propone impulsar. El primero es explicar con claridad y convicción a la sociedad en qué consisten los cambios propuestos. El segundo es atenerse a lo propuesto. [...]

El tercero es perfilar un plan de gobierno detallado, que incluya plazos y financiamiento.

La reforma social se propone hacer de El Salvador un país más seguro y habitable, de tal manera que su población no se vea forzada a abandonar su tierra natal, ni a verse expuesta a los peligros de la emigración ilegal. El FMLN se propone evitar la desintegración familiar, defender al consumidor del abuso de la empresa, y superar la inseguridad personal y el desprestigio de las instituciones públicas. El medio para conseguirlo es, de nuevo, el Estado de derecho, "el respeto a las leyes y, particularmente a la Constitución, deberá ser lo que guíe la actividad del gobierno y de todos los ciudadanos". Es normal que una propuesta planteada en estos términos asuste a ARENA, puesto que sus propias bases reclaman, precisamente, lo contrario, excepciones a la ley o favores especiales como estímulo para participar en la próxima campaña electoral y, por extraño que pueda parecer, no les falta razón, porque sus dirigentes sí gozan de privilegios. En este punto, el FMLN tiene mucho que corregir. Algunos de sus alcaldes piden dinero a título personal a las empresas, antes de firmar un contrato por servicios. Pero no hay que extrañarse, pues es una práctica usual, incluso en el mismo sector privado. Por lo tanto, si el FMLN pretende ser creíble, en cuanto a liberar al Estado secuestrado por los grupos de poder, debiera esmerarse por poner fin a estos vicios desde los gobiernos locales. Esta propuesta también debiera satisfacer a la embajada de Estados Unidos que, en tres años consecutivos, ha señalado la corrupción del Órgano Judicial.

Contrario a lo que sostienen sus detractores, el FMLN no se propone suprimir la Fuerza Armada, de la cual hace un juicio bastante positivo, por haber evolucionado de "forma profunda y positiva", a raíz de los acuerdos.

Por lo tanto, le garantiza las condiciones —profesionalización, respeto a su legislación, en clara alusión a la discrecionalidad con la que los últimos gobiernos de ARENA han administrado el ejército, y renuncia a utilizarla como instrumento político— para que así pueda cumplir con sus atribuciones constitucionales. Argumentar que en la negociación de los acuerdos, el FMLN pidió disolver el ejército, no es válido. De todas maneras, para despejar cualquier duda, el partido ha retirado la reserva que había incluido en los acuerdos a propósito de la existencia del ejército. En estos momentos, la verdadera amenaza para la Fuerza Armada no proviene del FMLN, sino de Estados Unidos, que considera a todos los ejércitos centroamericanos obsoletos y un desperdicio de recursos económicos. Por lo tanto, como parte del tratado de libre comercio, demanda su reestructuración para hacer de los soldados policías, que se encarguen de controlar la migración ilegal, el tráfico de drogas y a los “terroristas”, en lo que sigue considerando su frontera ampliada. La supresión de los ejércitos regionales sería suplida por un pacto de amistad y no-agresión entre los países centroamericanos y por la vigilancia, siempre alerta del ejército estadounidense, que asumiría la defensa del área, en caso de un ataque proveniente de una fuerza extrarregional. No es, pues, el FMLN el que pide la supresión de la Fuerza Armada, tal como lo señala la derecha, sino Estados Unidos y, lo más probable, es que el gobierno de ARENA acceda, de la misma forma como ha cedido en todos los puntos que interesan a aquel país, en la negociación del tratado de libre comercio.

El capítulo de las relaciones exteriores está dedicado, casi en su totalidad, a dar seguridades a Estados Unidos, pero sin caer en el servilismo. El FMLN se compromete a trabajar con la región y la comunidad internacional, puesto que reconoce que su cooperación y apoyo son indispensables para el desarrollo humano de la familia salvadoreña. Aunque advierte que ampliará las relaciones de El Salvador sin discriminación, entendiéndose al menos Cuba y tal vez la República Popular de China, también promoverá el fortalecimiento de una relación de amistad, respeto mutuo y cooperación con Estados Unidos, en los temas de interés común, es decir, la consolidación de los procesos democráticos, la superación de la pobreza, la protección del medio ambiente, la persecución de narcotraficantes y terroristas. Cuando la derecha rechaza airada las relaciones diplomáticas con Cuba, debiera recordar que, de hecho, ya existen unas relaciones frecuentes e intensas. Tampoco hay que olvidar que Estados Unidos, desde hace mucho tiempo, tiene relaciones diplomáticas e intereses comerciales con China. Parece que más no se podría pedir y ARENA, con mucha dificultad, podría mejorar esta oferta, excepto en el capítulo del servilismo. Hay que tener presente, sin embargo, que, en esta época de imperialismo descarado y agresivo, el sometimiento a los planes estadounidenses es requisito indispensable para las buenas relaciones. Es más, si Estados Unidos pudiera hacer un análisis objetivo, descubriría que los gobiernos de ARENA no han arrojado resultados aceptables en estos ámbitos de la realidad.

Ante un discurso donde el tema predominante es el anticomunismo y algunas generalidades, el planteamiento del FMLN representa un desafío difícil para ARENA. Hasta ahora, ni el partido, ni ninguno de sus aspirantes a la candidatura presidencial han podido o se han atrevido a concretar su oferta. Sin embargo, ARENA no ha permanecido impasible. Ha reaccionado de forma visceral, con lo cual han puesto al descubierto su debilidad. Sus dos argumentos más fuertes para descalificar estas propuestas son las antiguas posturas del FMLN y su falta de credibilidad. Si éste mantuviera sus posiciones radicales sería criticado por su falta de apertura; si se modera, entonces, le niega el derecho a cambiar de opinión. Por el otro lado, ninguno de los integrantes de la derecha —ni ARENA, ni el gran capital, ni la embajada estadounidense— y ni sus aliados de las empresas mediáticas— tiene solvencia moral para exigir credibilidad al FMLN. El presidente Flores es el menos creíble de todos los altos funcionarios actuales y los aspirantes de la derecha a reemplazarlo tampoco son muy confiables, puesto que prometen comportarse de una forma muy diferente a como lo han hecho hasta ahora.

Al parecer, la moderación del FMLN deja sin argumentos a ARENA. Por eso, éste rebusca en el pasado el único sitio donde cree que puede encontrar razones de peso en contra del partido de izquierda. Esto significa que no tiene nada que objetar a lo que el FMLN propone como cambio social. ARENA se ve obligada a acudir al pasado porque no puede objetar la postura actual del FMLN. Este, en cambio, no necesita acudir al pasado de violación de derechos humanos de ARENA, a través de los escuadrones de la muerte, porque en el presente encuentra suficientes argumentos para descalificarlo. Las víctimas son las únicas que no pueden acudir al pasado para exigir justicia, ni siquiera se les permite contar su historia, porque, presuntamente, pondrían en peligro el presente.

El FMLN, sin embargo, debe superar tres obstáculos de cara al cambio que se propone impulsar. El primero es explicar con claridad y convicción a la sociedad en qué consisten los cambios propuestos. El segundo es atenerse a lo propuesto. En este sentido, el peor enemigo del partido es el candidato de la comisión política, quien va más allá de lo comprometido por el partido. Esta libertad de discurso es peligrosa porque promete más de lo que podrá entregar, si llega a la Presidencia de la República; porque crea expectativas falsas que se le revertirán y, más pronto que tarde, los sectores que hoy lo aclaman, mañana estarán con la derecha en las calles, reclamando las promesas incumplidas, y porque alimenta los temores de la derecha. El tercero es perfilar un plan de gobierno detallado, que incluya plazos y financiamiento. El desafío planteado por el FMLN a la derecha es real, pero para concretarse tiene mucho camino que recorrer aún.

3. La democracia es también alternancia en el poder

Aun así, el desafío que representa el FMLN, en las próximas elecciones, ha movilizó a la derecha, en una dirección sumamente peligrosa para el

sistema político. En el fondo, la movilización se debe a que, al fin, desde mediados de la década de los ochenta, podría haber alternancia en la Presidencia de la República. En realidad, esta posibilidad se presentó en las primeras elecciones presidenciales en las cuales el FMLN participó, en 1994. Pero desde entonces hasta ahora, ARENA le había perdido el miedo y se sentía muy seguro.

En sí misma, esta movilización es antidemocrática, puesto que se mueve para impedir la concreción de un elemento esencial del régimen democrático. Si “la patria está en peligro”, tal como afirma ARENA, y ese peligro proviene de la posibilidad de que el FMLN gane las próximas elecciones, entonces, niega, en la práctica, la alternancia en la Presidencia de la República. Al parecer, sólo ARENA podría dar la seguridad deseada. Cuando las elites se muestran reacias a aceptar el principio de la alternancia en el poder, por mucho que defiendan la democracia, en realidad, son una amenaza para la estabilidad política que dicen defender. Violentan la decisión del cuerpo electoral y se convierten en dictadura abierta de clase. Al no aceptar, o no entender, este principio, una condición indispensable del régimen democrático, demuestran no haber entendido su esencia. Alternancia en el poder significa que quienes eligen tienen poder para optar por aquel candidato o partido que consideren más apto para gobernar, que su decisión será respetada y que los elegidos podrán concluir el periodo para el cual fueron electos. De lo contrario, habría una dictadura personal o partidaria. En la práctica, eso es lo que pretende implantar la derecha salvadoreña.

La cuestión no es retórica, porque si el FMLN llegara a ganar las próximas elecciones, cabe preguntar si la derecha extremista lo dejará asumir la Presidencia de la República y cumplir con su mandato. La duda se extiende a la embajada estadounidense, cuyas preferencias están claras y cuya intolerancia a cualquier democracia que no sea entendida en sus términos es conocida. Por otro lado, es cada vez más claro que la ciudadanía pide cambios y que la única posibilidad para conseguirlos, tal como están las cosas, es el FMLN; también hay mucho malestar contra ARENA y la forma más eficaz para demostrarlo es votar por su adversario histórico. Esto a pesar de que la mayor parte de la opinión pública no cree en los dirigentes de los partidos políticos y a que las personalidades más populares y creíbles no pertenecen a ellos. Así, la reprobación generalizada a la política y los políticos hace de la búsqueda de votos una tarea muy difícil. Aun así, el FMLN cuenta con la ventaja de que el descontento con el desempeño de ARENA alcanza cotas mayores que las suyas. Esta situación no deja de ser paradójica para un partido como el FMLN, cuyos dirigentes debieran hacer visible y creíble el cambio reclamado por una buena parte de la población, porque la otra parte ya no espera nada bueno de los políticos y sus partidos. La preocupación de éstos por encontrar candidatos presidenciales que les aseguren un triunfo electoral sin discutir antes el estado de la población y su futuro, confirma estas apreciaciones negativas de la gente.

La movilización de la derecha encierra otros peligros para el sistema político. Uno de ellos es la polarización del Estado y de la sociedad, la cual paraliza las mejores iniciativas de los dos adversarios principales. En lugar de trabajar para encontrar una salida conjunta a los graves problemas nacionales y regionales, cada uno se dedica a levantar obstáculos para impedir que prosperen las iniciativas del otro, con lo cual ni ellos aportan, ni el desarrollo humano del país avanza. Sin embargo, los dos partidos grandes actúan como si la polarización no existiera. Ninguno de los dos se ha detenido a pensar cómo gobernará, en caso de ganar las elecciones de 2004. Su preocupación principal es identificar al candidato ganador, con lo cual creen, al parecer, que habrían asegurado la gobernabilidad. Pero la combinación de un régimen presidencialista con el multipartidismo obliga al presidente y a los partidos a hacer alianzas para poder gobernar. En efecto, esa combinación contrasta el inmenso poder del Presidente de la República con la búsqueda forzosa de cierto nivel de consenso. Por lo general, el partido del presidente no tiene mayoría en la Asamblea Legislativa. Sólo la democracia cristiana tuvo control simultáneo de los poderes ejecutivos y legislativo, entre 1985 y 1988; pero aún así, el presidente de entonces tuvo que enfrentar una férrea oposición de la empresa privada organizada y de la guerrilla, las cuales, desde fuera de las instituciones estatales, intentaron desestabilizar el gobierno. En aquel entonces no se llegó a una crisis grave de gobernabilidad, porque Estados Unidos apoyó de forma incondicional al Presidente de la República. Si éste es inteligente y hábil, puede gobernar eficazmente.

Desde 1989, ningún presidente de ARENA ha controlado la Asamblea Legislativa. No ha habido crisis de gobernabilidad por la alianza con las fracciones legislativas de los partidos de Conciliación Nacional y Demócrata Cristiano —cuando el concurso de este último ha sido necesario. Las dificultades que entraña la falta de alianzas son evidentes, en este último año de gobierno del presidente actual. Por lo tanto, es de prever que el nuevo presidente —hasta el año 2006, por lo menos— no tendrá una asamblea más fácil que la actual, prescindiendo del partido al que pertenezca. Ninguno de los dos partidos grandes tiene mayoría simple por sí solo y los dos la necesitan para gobernar. Mucho menos tienen la mayoría cualificada, necesaria para ciertos nombramientos, el presupuesto nacional, los préstamos internacionales y la reforma constitucional. En consecuencia, tanto el FMLN como ARENA necesitan del Partido de Conciliación Nacional para alcanzar la mayoría simple, o bien, aquél podría reunir los votos de éste, o viceversa, cosa muy poco probable. Si el proyecto de ley fuera vetado por el Presidente de la República, el FMLN no sólo necesitaría los votos de Conciliación Nacional, sino también los del Centro Democrático Unido y los del Partido Demócrata Cristiano para superarlo. Sin embargo, para obtener una mayoría cualificada, ARENA, además, necesitaría tres votos adicionales, que sólo podrían salir de las filas del FMLN. Así, pues, las iniciativas de una Presidencia

de la República controlada por el FMLN, o por ARENA, pueden ser detenidas desde el poder legislativo y viceversa.

La derecha tiene miedo a la democratización, porque no está acostumbrada a delegar el poder y, en concreto, a la alternancia, porque el control total de éste es lo que le ha permitido el privilegio, el abuso y la violación de la ley con impunidad.

La parálisis sólo puede ser evitada por medio de alianzas entre los partidos políticos. Pero ninguno de los dos partidos con posibilidades reales para ganar las elecciones del año próximo parece interesado en construirlas. Pareciera que ambos se encuentran muy confiados en que, en caso de ganar, contarían con los apoyos necesarios, o, en el peor de los casos, han obviado esta cuestión, dedicados por completo a identificar al candidato ganador. Esta cuestión trasciende a los partidos políticos y comprende a la nación, puesto que todos ellos empujan la gobernabilidad hacia un callejón sin salida. Tal como están las cosas, quienquiera que sea el nuevo presidente del poder ejecutivo con toda seguridad enfrentará la parálisis institucional o al menos un elevado nivel de ineficacia e ineficiencia. La única salida posible es el acuerdo y el pacto, que permitan gobernar a quien gane, para lo cual tendrían que moderar sus posturas. De lo contrario, la polarización, en un sistema al mismo tiempo presidencialista y multipartidista, los lleva de manera inexorable a la crisis de gobernabilidad. La cuestión no se resuelve reformando la Constitución, una cosa imposible, a mediano plazo, sino aceptando los contrapesos y controles, establecidos por el legislador.

Si los partidos grandes no impidieran la construcción de un centro y si los políticos del centro hubiesen sido más audaces y creativos, menos personalistas y más orientados a la construcción de la institucionalidad, la polarización quizás no habría alcanzado los tonos estridentes, que ahora lamentamos. Los descontentos con la izquierda, que no votarían por la derecha, tendrían una opción viable; lo mismo los descontentos con la derecha, quienes tampoco votarían por la izquierda, tendrían una alternativa. La abstención, en parte, obedece a esta falta de alternativa para quienes no votan por ninguno de los partidos tradicionales, que, por otro lado, no son pocos. Hay que advertir, sin embargo, que el futuro del centro no está en inclinarse a la derecha, sino en convertirse en referente nacional de sabiduría y ética política.

La polarización está llevando a cerrar cada vez más la apertura política recién estrenada, hace una década. Cada vez hay menos espacio para disentir del poder, lo mismo en los partidos, que en el Estado, o en la sociedad, en general. La intolerancia gana terreno, a medida que se endurecen las postu-

ras. El cierre del espacio político y social es palpable sobre todo en la prensa, pero también en los medios de comunicación social, en general. La gran prensa es censurada por sus propios propietarios y también por Casa Presidencial, cuando no por el mismo presidente Flores, quien da instrucciones personalmente a editores y jefes de redacción. El periodismo independiente casi ha desaparecido de El Salvador y la prensa se ha convertido en un aparato de propaganda del gobierno, pero también del poder económico. La censura se extiende a la vida pública, donde no han faltado intentos para controlar Internet y la moral pública, e incluso el desnudo. Es curioso constatar cómo el cierre de la apertura política está siendo acompañado por un creciente puritanismo de fuertes tonos evangelismo ultraconservador.

A esta situación extrema se ha llegado por identificar lo que debiera ser una posibilidad para cambiar al gestor del poder ejecutivo con un cambio del sistema social. Las elecciones no son el medio adecuado para intentar cambiar el sistema social. Su alcance es más limitado, puesto que solo se propone renovar al administrador. La modificación del sistema requiere de un pacto nacional de gran envergadura, que sólo es posible si hay condiciones objetivas y subjetivas, lo cual amerita un análisis más detallado. Y ninguna de las dos condiciones se da, en estos momentos. Por este lado, la derecha debiera estar tranquila. Por más que lo intentara, el FMLN no podría modificar el sistema político actual. Este partido es lo suficientemente inteligente como para saber hasta dónde llegan sus posibilidades reales; y si lo intentara fracasaría, porque no cuenta con las condiciones para ello. La insistencia de la derecha en identificar el triunfo del FMLN con el cambio del sistema es un engaño y una forma de aumentar el temor en la población. Conseguir votos por miedo, tal como lo intenta ARENA, es pervertir una de las prácticas más típicamente democráticas. Por el otro lado, el FMLN debiera cuidar y moderar su discurso para no abonar esos temores y también para no crear falsas expectativas, en quienes quisieran ese cambio o en quienes aceptan su discurso sin cuestionarlo. Si, tal como disponían los acuerdos de paz, la derecha hubiera accedido a discutir en un foro el reordenamiento económico y social del país, ahora no habría razón para este temor, cuyas consecuencias afectan sus inversiones y sus ganancias. Sin embargo, todavía hay tiempo para sentarse a discutir y negociar ese ordenamiento, el cual, una vez acordados, todos debieran aceptar y respetar. Entonces, la posibilidad de la alternancia en la Presidencia de la República no provocaría esa ola de histeria que tanto intranquiliza a la derecha.

La intolerancia de la derecha es resultado de su propio miedo. La motivación que llevó a la fundación de los dos partidos de la derecha que han sobrevivido es el miedo. El Partido de Conciliación Nacional fue fundado por miedo al cambio social, en general; y ARENA fue fundado también por miedo, pero por un miedo más específico, al cambio que pudiera traer una revolución de corte socialista. En la actualidad, la derecha salvadoreña tiene

miedo a perder sus privilegios. Al gran capital, incluidas las grandes empresas mediáticas, lo que les preocupa, en realidad, es que un presidente del FMLN pueda poner fin a una serie de negocios sucios, que ha llevado a cabo a la sombra y en



complicidad con ARENA y a costa de la institucionalidad estatal y de los contribuyentes. En este sentido, la imagen que se ha formado del FMLN es curiosa. Ve en este partido, como en un espejo invertido, lo que ella no puede llegar a ser. La derecha se imagina que los funcionarios del FMLN serían más honestos y capaces que los suyos, que investigarían sus enjuagues y que deducirían responsabilidades en los tribunales y, a consecuencia de ello, algunos de sus miembros podrían acabar en la cárcel o, lo que es peor, les podrían obligar a devolver sus riquezas mal habidas. Entonces, habría que dar una nueva ley de amnistía, antes de abandonar la presidencia. Y claro, como esto no lo puede reconocer de forma pública, oculta sus verdaderos temores, agitando el fantasma del comunismo.

La derecha tiene miedo a la democratización, porque no está acostumbrada a delegar el poder y, en concreto, a la alternancia, porque el control total de éste es lo que le ha permitido el privilegio, el abuso y la violación de la ley con impunidad. Tiene miedo a que la democratización disminuya la concentración que tiene en la actualidad de la riqueza nacional, a que la obliguen a compartir un poco de lo que acumula con avaricia insaciable, mientras el resto de la sociedad languidece, en el abandono y la miseria. Al final, tiene miedo de sí misma, de lo que ha sido y de lo que es capaz de hacer para amasar y conservar las enormes fortunas que atesora. Es, pues, un miedo disfrazado de anticomunismo.

San Salvador, 12 de julio de 2003.